

Cuenta de Libros

ALEXIS MARQUEZ RODRIGUEZ

ANA TERESA TORRES: "El exilio del tiempo". Monte Avila Editores. Caracas; 1990 13,5 x 20 cms. 263 pp.

Muy acertado nos pareció el Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal, concedido este año a Ana Teresa Torres (1945) por su novela "El exilio del tiempo", obra de extraña madurez, si se considera que es la primera novela de su autora, quien, sin embargo, ya había ganado, en 1984, el Concurso de Cuentos de "El Nacional". Aún así, esta novela revela un dominio técnico, una sagacidad en la descripción de caracteres y una fluidez narrativa, que uno no puede menos que sorprenderse porque, si bien se trata de una primera novela, de ninguna manera podría calificarse de obra de principiante. "El exilio del tiempo" revela un evidente entrenamiento en el género. Quizás la autora haya escrito mucho más, y textos suyos permanezcan inéditos. Aunque, de hecho, no sería la primera vez que un dominio como el suyo del arte narrativo, y novelístico en particular, se mostrase ya en el primer intento.

Temáticamente, esta obra es también de un gran valor. Podría decirse que es una novela sin argumento, aunque sí con una gran variedad y riqueza anecdótica. Lo que se narra es un conjunto de situaciones, episodios y anécdotas individuales, que dentro de una trama muy bien urdida van dando estructura al relato, y mostrándonos un complejo mundo social, expresión muy viva de una familia numérica y afectivamente muy compleja, que se forma, se desarrolla y decae a lo largo de un vasto período de la historia venezolana, prácticamente de toda ella, desde los días de la Conquista hasta el presente. Pero no se trata de la simple vida, más o menos inocua, de una familia, sino de un verdadero proceso, en el cual se asiste, en presente, a la descomposición de una clase social, que va perdiendo fisonomía y poder al par que va siendo sustituida por otra, que es sin embargo trasunto de los mismos intereses en tanto que clase dominante, pero cuya diferencia se marca en la diversidad de origen, que a su vez determina una diversidad en los rasgos más sobresalientes del comportamiento individual de sus miembros. Es la burguesía de casta, bien educada, sustituida por la burguesía del dinero, inculta y vulgar.

La novela presenta un interesante juego de narración múltiple, polifónica, mediante varios narradores, casi todos mujeres -una sola es la excepción-, de diversas generaciones de una misma familia, salvo una, ubicada estratégicamente fuera del marco estructural de aquella familia, pero de todos modos vinculada a ella, pues se trata de la hija de un matrimonio de inmigrantes españoles, de extracción obrera, que durante muchos años estuvo al servicio de la familia. De modo que la visión de ésta desde adentro, expuesta por los otros narradores, se complementa con la de la humilde muchacha, que estando de hecho dentro del círculo familiar, representa no obstante una visión desde afuera. De paso, en esta familia de inmigrantes se refleja un proceso de ascenso social característico de la Venezuela de las últimas cuatro o cinco décadas. El matrimonio español pasa, de conserjes de un edificio de la familia protagonista, a empresarios prósperos, cuya hija se gradúa de arquitecta en el mismo curso en que también se gradúa un hijo de sus antiguos patronos.

Paralelamente al proceso de aquella familia, la novela revela también el proceso económico y político del país, con especial énfasis en los años que van desde la dictadura de Juan Vicente Gómez hasta el presente. La autora maneja un lenguaje fluido y directo, no exento de gracia, que a veces alcanza una alta tonalidad humorística y satírica. El episodio de un baile de quince años en el Country Club en tiempos de Pérez Jiménez, con éste de invitado principal, es antológico, y nos recuerda las mejores páginas del nunca superado Pedro J. Díaz.

No quisiéramos concluir esta nota sin hacer otras dos observaciones. En primer lugar, es imprescindible que la autora se libere de la influencia, quizás no advertida por ella, pero muy notoria para el lector, de Teresa de la Parra, lo cual no le sería nada difícil habida cuenta de su talento, de su dominio de la técnica narrativa y de una indudable vocación de narradora, que le facilitan mucho el hallazgo de un estilo propio y personal. En segundo lugar, la necesidad de que cuide con particular interés el lenguaje, no en su dimensión estética y narrativa, sino en lo tocante a ciertas normas y principios estructurales. El empleo de los *gerundios*, por ejemplo, por momentos se torna calamitoso. Y hay inexplicables confusiones lexicales, como la de escribir "sobretudo", sustantivo que designa una prenda de vestir, en lugar de la locución adverbial "sobre todo", como ocurre numerosas veces. O convertir en "chorno" lo que en buen Castellano se llama "chozno", tal como aparece por lo menos tres veces, como para demostrar que no es una errata. Son, claro está, pequeños lunares, pero no de los que adornan el rostro de una bella mujer, sino de los que lo afean. Y ocurre que una escritora del talento, la sensibilidad estética y la capacidad narrativa de Ana Teresa Torres, paradójicamente no se puede dar el lujo de incurrir en ciertas impropiedades idiomáticas, a menos que fuesen intencionales, producto de un conocimiento tan a fondo, circunstanciado y preciso de las reglas y normas gramaticales, que permitiera violarlas a conciencia.